

LA IDENTIDAD CULTURAL COMO ELEMENTO DE LA INFORMACIÓN

Elberth Durán

Empecemos por aclarar lo que entendemos por identidad. El concepto parece que nos toca tan personalmente que nos sonrojamos; porque, de alguna manera, nos hace desnudarnos, esforzarnos por objetivarnos ante nosotros mismos, para comprendernos en un contexto en el que sabemos que hay otros distintos de nosotros.

La identidad, según una perspectiva histórica, nos viene heredada por los tiempos y por la obra de los hombres y las mujeres que llegaron antes que nosotros. La identidad es el conjunto de referentes, individuales y colectivos, en los que el uno y las partes, la persona y el grupo, son determinantes.

Hay una cualidad que, de manera particular, unifica, comunica, enlaza y da trascendencia a los hombres y a las comunidades que éste forma y transforma permanentemente. Me refiero al lenguaje. Nuestra lengua española es nuestro principal instrumento de identidad; constituye el hilo irrompible entre los extremos del continente americano, crece con enorme vigor donde no predomina, gana cada día mayor reconocimiento como lenguaje de la vida cotidiana de un gigantesco grupo de seres humanos y resplandece inequívocamente como un generador permanente de la literatura más diversa y rica del mundo. La identidad así considerada es un conjunto de rasgos y elementos que une a los hombres y comunidades por medio de valores, antecedentes y realidades comunes trascendentes en el tiempo.

En segundo término, tenemos el concepto de cultura. La amalgama de las ideas y de las expresiones tangibles e intangibles de esas ideas. Es la cultura una especie de nebulosa mágica, una suerte de conjuro de entendimientos donde interactúan sin parar las inteligencias racionales y emocionales de las personas. Para que haya una cultura fundamental común, resulta indispensable que se activen ciertos códigos básicos que hilan las relaciones de reconocimiento entre esas personas.

En tercer lugar, tenemos el concepto de la información; es decir, ese torrente eternamente veloz de datos, palabras, imágenes y signos que envuelven en una danza frenética a todos los seres humanos. La información, en abstracto, es un cúmulo casi infinito de cosas distintas entre sí moviéndose en todas direcciones. La escena luce como un mundo de incoherencia absoluto, algo así como la descarga de un enorme camión lleno de muebles que, producto de un accidente, se precipitan unos contra otros a lo largo y ancho de una plaza. La información sin una cierta organización, sin una cierta intención de ser usada como insumo para comunicar, no es más que materia prima a la espera de

ser utilizada. Cuando me refiero a la identidad cultural como elemento de la información, lo hago entendiéndola como el conjunto de rasgos de reconocimiento entre personas y comunidades que permite construir mensajes comprensibles dentro del frenético mundo del intercambio de información.

Hasta este momento, mi intención ha sido clarificar los conceptos que dan título a la charla. Quisiera ahora ubicarla dentro del momento histórico que nos está tocando vivir. Resulta, por tanto, inevitable precisar que dicho momento es el de predominio de una peligrosa fuerza que hemos venido llamando globalización, la cual entraña en sí misma enormes oportunidades y enormes amenazas a los seres humanos. A diferencia de lo que se podría suponer a simple vista, dicho fenómeno de globalización no se restringe al ámbito de la vida económica de los pueblos del mundo, entre ellos los pueblos hispanoamericanos. La globalización no respeta fronteras geográficas, económicas, religiosas, ni de lenguaje; es, hoy por hoy, la corriente ideológica y económica dominante con la que todos, no importa dónde intentemos escondernos, tenemos que vérnosla en algún momento.

La globalización, considerada en esos términos y, si se le deja actuar a su antojo, borra los rasgos de la identidad particular de individuos y comunidades y acaba imponiéndonos los suyos. La globalización, si no la comprendemos ni la aprovechamos, con las salvedades de resguardo de nuestras identidades culturales, puede avasallarnos y hacernos desaparecer como espacios humanos con rasgos propios. La sospecha más relevante, desde mi punto de vista, se produce cuando la prédica agresiva de sus gurús y propiciadores trastoca los conceptos de persona ciudadana por el de mero consumidor, por el de mero receptor. Si la globalización cultural se deja a su libre albedrío y si no hacemos esfuerzos por equilibrarla mediante un empleo inteligente de nuestros recursos de educación, la formal y la informal, cederemos la última frontera. Sin embargo, no podría asumir tampoco el criterio de que la globalización cultural, entendida así, es intrínsecamente dañina. Anoto, con respecto a esa consideración, que constituye, a mi manera de ver, una oportunidad de conocimiento más intenso y veloz de otras identidades y culturas. Con ello quiero decir que, como fuerza de comunicación, tiene un poder que hace pocos años parecía inaudito. ¿Cómo aprovecharlo en nuestro beneficio? La internet y la comunicación multimediática, que de maneras tan eficaces se expresan mediante ese conglomerado e instrumental tecnológico, son un vehículo de la más exquisita capacidad humana, constituyen una muestra palpable de realización del hombre, una obra, por cierto, cuya máxima dimensión y desarrollo tal vez ni siquiera imaginemos hoy en día. No sabemos hasta dónde vamos a llegar. Es aquí donde quisiera introducir una valoración que con tanto acierto planteara el siempre extraordinario maestro don Ortega y Gasset en su *Rebelión de las masas*, cuando alude a que esas masas no actúan por sí mismas. Más bien requieren, afirma, quién las dirija, quién influya en ellas, quién las represente y quién las organice. Dicha masa, profundiza el pensador, necesita referir su vida a la instancia superior constituida por las minorías excelentes, y puntualiza algo de la mayor importancia: el hombre es, tenga de ello ganas o no, un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior. Si logra por sí mismo encontrarla, es que es un hombre excelente; si no, es que es un hombre masa y necesita recibirla de aquél.

Justifica Ortega y Gasset la rebelión contra sí mismo, justifica una búsqueda inspiradora en la comprensión de las circunstancias y de las fuerzas que influyen en la persona. Sólo a través de ese principio generador de crítica y proposición, y cambio

–agregaríamos–, se puede aspirar a emprender derroteros humanos individuales y sociales de mayor equidad, progreso y trascendencia espiritual.

Recordemos que en aquella época, la Europa del año 30, para el gran pensador el gran temor provenía de la creciente fuerza arrasadora de los totalitarismos de Estado que desembocaron finalmente, muy poco tiempo después, en aquellos movimientos fascista y nacional socialista de tan triste recuerdo en la memoria de la humanidad.

Hoy, los señalamientos pueden resultar especialmente útiles para agudizar la comprensión del fenómeno de la globalización cultural que podría estarnos hipnotizando, seduciéndonos con contenidos, valores y antivalores ajenos y hasta hostiles a nuestros intereses. Cabe reconocer, sin embargo, que en el mundo entero se han dado procesos de reafirmación, muchas veces dolorosos; eso sí, de pueblos y comunidades de pueblos cuya consecuencia inmediata ha sido una actitud de aprovechamiento crítico de las oportunidades económicas, sociales y culturales que ofrece el mundo global en el que nos vemos inmersos todos.

La ruptura de muchas fronteras del conocimiento, la accesibilidad casi irrestricta a ese conocimiento por los más diversos medios de comunicación, impulsan inevitablemente a la creación de generaciones más enteradas, más informadas. La pregunta fundamental radica, sin embargo, en cuánto discernimiento y cuánta visión crítica estaremos propiciando quienes como educadores, como comunicadores, como hombres y mujeres excelentes, tenemos la oportunidad de influir en esas masas ansiosas de inspiración.

Aquí es donde quisiera puntualizar tres conceptos medulares leídos a Monseñor Josemaría Escrivá que, a mi juicio, son líneas magistrales de inspiración y conducción para quienes, de una manera u otra, intentamos remar con vigor y constancia hacia un destino más digno y más solidario. En primer lugar, me refiero al compromiso con la verdad. Éste queda hermosamente retratado cuando, siendo el gran canciller de la Universidad de Navarra de la que tantos guardamos tan hermosos recuerdos en Hispanoamérica, dijo: “La universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía. El amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública”.

Me parece que no hay duda alguna de que quienes hemos obtenido en la universidad mucho de nuestro instrumental de trabajo, obtuvimos allí una riqueza de cuyos frutos seremos después los únicos responsables. Claro está; pero, de la calidad de dichos frutos y de su trascendencia positiva para la colectividad se dirá si hubo una guía espiritual correcta o tan sólo un afán de acumulación de riquezas y de oportunismo, por ejemplo. No cabe duda tampoco de que quienes intervenimos en el mundo de la información y de la comunicación, jugamos (para emplear un término sugerente) como una serie de elementos significantes que inducen con frecuencia a que el imaginario colectivo admita o rechace determinados valores o antivalores. De ahí lo importante de una sólida formación ética de los informadores y de los educadores.

En otra manifestación de Monseñor sobre el servicio a la sociedad, puntualizó que la Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los bienes alcanzados con sus estudios: debe prepararlos para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana.

En tercer lugar, quisiera destacar lo que en esta línea de análisis expresara cuando se le preguntó acerca de la politización de la vida universitaria. Por la profundidad de su manifestación, pienso que los conceptos allí contenidos son perfectamente aplicables a los medios de información, por eso estimo valioso citarlos. Dijo en una entrevista hace 34 años: Si en un país no existiese la más mínima libertad política, quizás se produciría una desnaturalización de la universidad –apuntaría yo, de los medios de información– que, dejando de ser la casa común, se convertiría en un campo de batalla de fracciones opuestas.

Josemaría Escrivá aboga después por que el tiempo universitario sea utilizado para preparar bien, con una mentalidad social, a quienes después manden; de tal forma que no caigan “en esa aversión a la libertad personal que es verdaderamente algo patológico”.

Para concluir, si hoy nos enfrentamos a un instrumental sin precedentes de información y de intercambio de esa información por casi todos los confines del mundo, si tales recursos potencian un ejercicio dialéctico, el predominio de una cultura sobre otras, pero al mismo tiempo la de las segundas para anteponer lo suyo en un afán de equilibrio y pluralismo en libertad, si la masa desprevenida y siempre asombrada busca guías y liderazgos que la inspiren y comprometan, si hacemos un ejercicio responsable de nuestras libertades, si logramos concebir una ruta de vida personal orientada por los principios cristianos de la solidaridad, no encuentro razón para ser pesimista; por el contrario, mantengo la certeza de que es posible seguir impulsando un resultado más eficaz y prometedor de la cultura y la información en este mundo nuestro particular, en español, marcado hoy a su vez por el aplastador fenómeno de la globalización cultural.

Pregunta:

- Hay un bellissimo pensamiento de José Martí sobre la libertad. Me gustaría escuchar algún comentario de los dos distinguidos periodistas. Decía Martí que la libertad es el derecho que todo hombre tiene a pensar y hablar sin hipocresía. Me gustaría saber, en este contexto, cómo entenderíamos el concepto de hipocresía, al que se refería José Martí.

-Respuesta de Álvaro Fernández:

Son juicios de valor y, al analizar y plantear una respuesta sobre un juicio de valor, se tropieza uno con toda una gama de seres humanos que tienen diferentes interpretaciones sobre lo que es la hipocresía. Claro que, si lo que vamos a buscar es una interpretación de lo que significa la palabra hipocresía, bastaría con dirigirnos al diccionario de la Academia de la Lengua. En realidad, creo que Martí estaba hurgando en la conciencia de los individuos, muchos de los cuales, a veces carecen o adolecen un poquito de demasiado amor propio y no sienten que están siendo hipócritas, porque ahora la vida en sociedad se mueve dentro de un plano teatral que no está exento de hipocresía. Yo me pregunto si todas las personas que están en esta sala se atreverían a decir exactamente lo que están pensando. Hay una frase llena de sabiduría que dice: “hay que pensar siempre lo que se dice, no decir siempre lo que se piensa”. Será hipocresía la dosis que puede, para enmarcarlo dentro de un concepto más peyorativo, falsear las bases de la

verdad, y se juega, en ese escenario, con maldad, con dolo; porque, repito, el ser humano es muy proclive a alabar. El aplauso de todos ustedes, por ejemplo, ante nuestras exposiciones, ¿cuántos fueron absolutamente sinceros, cuántos tenían serias dudas sobre alguna frase, sobre alguna expresión? Pero, hay cierto comportamiento que impone la vida en sociedad y que yo no lo llamaría hipocresía, sino tal vez hasta educación.

Participación de Elberth Durán:

A mí me parece que esa hermosa cita de Martí que usted menciona, de alguna manera la siento como una apelación a una actitud ética ante la vida. Es decir, si bien podríamos aplicar este principio de decir siempre lo que se piensa y no necesariamente pensar lo que se dice, o al revés, en todo caso siento una apelación ética; es decir, no ser hipócrita es decir la verdad, expresarse libremente respecto a las ideas, con transparencia. Ahí habría que incluir el elemento oportunidad, en qué momento es más propicio hacerlo. Cuando los pueblos, por ejemplo, han reclamado el derecho a expresarse, muchas veces han tenido que esperar dictaduras enteras para poder hacerlo. En esto también, yo quisiera abonar algo a propósito de la reflexión que genera esa frase, y es que yo creo que en una democracia abierta, el debate de las ideas debe ser absolutamente irrestricto, y de acuerdo con un antecedente muy largo en la prensa mundial y que ha recogido inclusive un fallo de la Sala Constitucional de la Corte del Supremo Poder legislativo español, se puede admitir en un debate democrático, siempre de buena fe, que las personas se equivoquen, y que actúen sobre criterios equivocados, y que defiendan fervorosamente esas ideas, que posiblemente con el transcurso del tiempo y de los nuevos hechos, van a llegar a constatar que eran ideas equivocadas. Pero, en beneficio de la riqueza y vigor de la democracia, todos ellos tienen derecho a expresarse, aunque se equivoquen de buena fe, nunca con dolo y mala intención. Ahí es donde tenemos que poner el orden.

Siento yo que en ese marco se entiende bien la frase de Martí: “no ser hipócrita”.

me llevan a concluir en la necesidad de una revolución argentina: ¿Cuál es la fuente cotidiana de conocimiento de nuestros hijos?

1. Haciendo un ejercicio de realismo salvaje, no es muy difícil constatar que en la mayoría de nuestros países la educación formal, en escuelas y colegios (salvo honrosas excepciones), se limita a una instrucción calculada de temas específicos que cubren un plan establecido.

2. Estadísticas en materia de familia arrojan datos escalofriantes: al menos en mi país el porcentaje de separaciones alarma. Y, cuando no es la situación económica, la necesidad de consumo, de tener (marcas, artefactos, etc.) obliga a muchos matrimonios a invertir tanto tiempo en procura de recursos que a la casa vamos a descansar y, a la hora de las preguntas, las respuestas son: sí, no, porque sí, porque no... estoy agotada/o.

3. Los medios de comunicación. Llevo algunos años trabajando en televisión primero en Sudamérica y actualmente en mi país y he visto poner y sacar de moda cosas tan increíbles como un pantalón, una manera de bailar, una forma de caminar y, lo más peligroso: una idea. Pero, una idea de quién, con qué objeto.

ELBERTH DURÁN HIDALGO. Estudios de Periodismo en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad de Navarra. Además ha realizado estudios de economía y literatura. Ha sido subdirector de Notiséis en el Canal 6 y sub-director de Telenoticias en el Canal 7. Redactor y editor del diario La República y del diario La Nación. Editor de la revista Panorama Internacional. Actual director de Radioperiódico Reloj.